

Una antología de teatro para niños

Issac Felipe Azofeifa.



La Editorial Costá Rica ha editado de nuevo Luz y Bambalinas, revisada y corregida por su autora, Lilia Ramos. Un esfuerzo especial de la Empresa. Son casi doscientas cincuenta páginas de buen tamaño en papel inmejorable. Al precio de hoy, casi doscientos cincuenta colones cada ejemplar. Prólogos, ilustraciones, textos, todo vale su peso en oro. Y los prólogos son guías para la comprensión y el ejercicio de este teatro de niños, para niños, entre niños. Lilia Ramos, Fryda Mantovani, Margarita Martínez, dicen cosas muy importantes, como versadísimas maestras en este campo. La selección, por otra parte, aunque no ha sido hecha con tal propósito, tiene valor para la historia de este filón no conocido de nuestra literatura. Ahí está lo mejor de lo que han escrito muchos autores nacionales. Unos que no fueron más que pulcros maestros que un día se pusieron a mover figuras en la escena para divertir, sorprender o enseñar a los chicos de su escuela. Otros, escritores profesionales que no dejaron nunca de ser maestros: Carlos Luis Sáenz, Carmen Lyra... Y otros más: Alfonso Ulloa, Víctor Manuel Elizondo, Virgilio Caamaño, Carlos Gagini, ¡Hasta Billo Zeledón! Y por este lado resulta que la Antología de Lilia Ramos viene a tener valor también para que los estudiantes de estas materias se adentren con amor en el tema. La historia de este poco frecuentado campo de nuestra literatura está por hacerse, si es que puede en este caso mostrarse un desarrollo. En todo caso, aquí están ya los que vienen abriendo el camino.

Pero como el libro está ordenado como Antología, aquí se le ofrecen al lector y al posible director de alguna de estas obrillas, muestras de autores latinoamericanas y universales: Esopo (un buen escogido dialoguillo de pocas líneas), Fernán Caballero, Alfonsina Storni, Juana de Ibarbouru, y otros.

El teatro para niños, creado por adultos desde su cátedra de adultos, a veces maestro, suele ser un fiasco. Guido Fernández, buen conocedor de estas cosas de teatro lo dice en uno de los prólogos de Luz y Bambalinas. Hay que ser un poco poeta para alcanzar el nivel espiritual del niño, interpretar su mundo, generalmente hermético para el adulto común. Mucho tenemos que algunas de las obras seleccionadas fallen su propósito, porque están compuestas de narradas, largos discursos, estilo benaventino: otras están concebidas como simples discursos literarios. Los supuestos directores de estas obras tendrían que someterlas a cambios que podrían ir, desde aplicación de las nuevas técnicas para producir montajes novedosos, hasta la guillotina para recortar muchos discursos...

Los prólogos-guías que la autora de la Antología ha puesto a su obra ofrecen consejos y prevenciones en buena cantidad: pero quizá ninguno como el que nos ha dejado escrito Margarita Martínez, que nos enseña que en el teatro para niños, hay que dejar que estos sean quienes conviertan la obra en "su" obra; que lo que el autor les da y el director les propone, venga a ser el estímulo que abre como quien da vuelta a una llave, el torrente de su fantasía creadora.

Queda en el aire una pregunta: ¿Han cambiado durante estos años las costumbres pedagógicas y artísticas de nuestras escuelas como para que este principio de espontaneidad creadora sea válido?